19 Febrero 1962

(57)

La mecedora del Presidente Kennedy

por Joaquín CALVO-SOTELO
De la Real Academia Española

LA mecedora—género híbrido del sillón y la hamaca—, a mitad de camino entre la sólida planta del primero, de quien hereda sus acogedores brazos, y el alado vaivén de la segunda, llevaba en los últimos tiempos una vida gris y vegetativa. De hecho podía considerársela al margen del moderno mobiliario y ningún joven matrimonio contaba con ella para nada. Subsistía en algunas pensiones de tercer orden y formaba parte por derecho propio de ese ajuar escuálido, cenobítico y desolador de los hotelitos que se alquilan en julio a precios astronómicos en los pueblecitos de la sierra. Antaño, sin embargo, tuvo categoría de primera actriz en los entremeses y las comedias quinterianas. Sin pedir al escenógrafo otra cosa que unos geranios y la mecedora, ni a sus intérpretes más que un sombrero ancho y una falda de faralaes y un pay-pay, los famosos "niños" escribían actos como quien lava. Fué aquélla la hora cenital de la mecedora, que quizá porque el ritmo de la habanera se acomodaba al suyo y porque sus perezosos cabeceos ligaban bien con la molicie de los trópicos consideramos siempre como un fruto genuino de la Perla de las Antillas. Desde luego, junto con el puro y el café, era muestra calificada del hedonismo colonial, y su pajiza y refrescante vestidura, la sensualidad de su curvada madera y sus cadenciosos movimientos desentonaban con nuestros sillones frailunos, con nuestros hoscos bargueños, con nuestros espantosos muebles Renacimiento, que como aportación autóctona a la comodidad del hogar son una pura catástrofe.

La mecedora languidecía, no ya entre nosotros, sino en Europa entera, cuando de pronto he aquí que de la noche a la mañana vuelve a su esplendor pasado. La noticia procede de Berlín-Oeste. Hace meses—hablan los anticuarios—no había clientes para las mecedoras. Hoy, según el "Berliner Morgenpost", las pagan a 400 marcos. La industria alemana—no todo han de ser cañones Krupp—las fabrica de nuevo y las lanza al mercado a precios que oscilan entre las 1.500 y 4.000 pesetas. ¿Por qué esa alza inesperada? Simplemente porque el Presidente Kennedy apareció en la televisión, semanas atrás, arrellanado en una mecedora.

El hecho en sí tiene escasa importancia; pero como síntoma de la influencia ya en el mundo fabril, artístico, literario y aun familiar de los pueblos dominadores vale la pena de un comentario. Quien manda no lo hace tan sólo en los mares, en los espacios o en las fronteras, imponiendo su propia divisa como patrón, sino que extiende, queriéndolo o no, su dominio hasta las minúsculas parcelas del atuendo masculino o del confort hogareño.

En el siglo de oro español, los tercios famosos abrían el camino de nuestro teatro. Si Lope, Calderón, Tirso hubieran sido coetáneos de nuestro declive y no de nuestra grandeza, su expansión en el mundo de la cultura habría tardado en producirse. Si Eduardo VII no hubiese sido rey de una Inglaterra omnipotente cuando se le ocurrió desabrocharse el último botón del chaleco, seguiríamos usándolo, que para algo está abierto el ojal, y llevando el pantalón sin ese dobladillo que a algunos sastres he oído llamar "la valenciana", aunque no me consten ni la difusión del nombre ni su legitimidad semántica. Me imagino, por otra parte, la suerte del whisky si en lugar de provenir de tierras escocesas hubiese nacido en las de Segovia, donde parece que se prepara su reelaboración. Lord X lo habría desdeñado con suficiencia y ningún español se hubiese impuesto como un rito el deber de enamorarse de su acre y difícil sabor. (A propósito de bebidas, si a veces me siento pesimista respecto del problema ruso, es cuando me percato de la creciente difusión del vodka.)

Hoy día, la novela y el teatro americanos—sin que ello afecte a la computación de sus valores esenciales—disfrutan del auge que corresponde al país del que proceden. No sé si son o no superiores a la de los otros ni entro en ese análisis. Lo que sí digo es que va mucha distancia de escribir teniendo a la espalda la Sexta Flota para correr con los gastos que desde el fondo del pozo de Europa, a cuyo brocal se asoma de vez en cuando algún observador solitario, al que pica la curiosidad, o la erudición, o el afán de pintoresquismo.

La mecedora era ya antes de que la adoptase Kennedy una delicia de ritmo, de sencillez, de placentero descanso; pero si no la hubiese echado una mano, habría ido extinguiéndose poco a poco. Ahora, al menos en Alemania, se le abre una etapa de rejuvenecimiento y de esplendor. Con seguridad ninguna "fraulein", ningún macizo "herr docktor", agradecerán al mundo de Hispanoamérica su invención, que quién sabe si no la cargan en el haber del Pentágono; pero nosotros estamos muy acorchados para esas injusticias. Con el submarino, por ejemplo, y el autogiro nos sucedió algo semejante. Aquí todo se redujo a unas cuantas pruebas insustanciales y sin relieve, pero otros las apadrinaron, y buena fué la que se armó. ¿Vamos a dolernos de eso? En modo alguno. Como dicen los padres generosos de sus hijas bien amadas, lo que importa es su felicidad, sea cual sea su destino. Que la mecedora rebase su área de origen y se dé a conocer y se haga adeptos, eso es lo importante. Y como para su propaganda no hay agente más eficaz que el que le ha salido, ojalá consiga éste devolverle su antiguo esplendor y salve ese mueble burgués, inofensivo y azucarado de su crisis actual.

Ahora bien, déjeseme a mí—que todas las mañanas pido al buen Dios que acrezca la pujanza y la autoridad de los Estados Unidos, que considero suicida tirar piedras a su tejado, que protege el mío, y cantarle las verdades del barquero para el personal júbilo y golosina del padrecito Jruschof y de sus secuaces—aconsejar al Presidente Kennedy que cuando tenga que tomar alguna decisión grave no use, por lo que más quiera, la mecedora. La mecedora es mueble grato, sí, pero fluctuante y en balancín. Yo no es que aspire a sentar permanentemente tan alto magistrado en silla de enea, que sería incomodísimo, ni de montar, que sería muy expuesto; pero, desde luego, en mecedora, no. La mecedora, si conviene al ajuar de las nuevas viviendas alemanas, ya que el pasado aire que mueve es la antítesis de todo belicismo, puede resultar peligrosísima en la mansión presidencial de los Estados Unidos. De ser yo su Intendente, seguro de contribuir por modo indirecto, pero positivo, al bienestar del universo, la eliminaría sin contemplaciones del mobiliario de la Casa Blanca.